

Presentación

Qué signifique pensar en español es una pregunta muy singular. Uno no se imagina a un alemán interrogándose sobre lo que pueda significar pensar en alemán. En alemán uno se pregunta, como hizo Heidegger, “¿qué significa pensar?”, que no es lo mismo. El filósofo alemán, a diferencia del español, está convencido de que lo que se diga en alemán sobre el pensar vale para todo el mundo. Este mismo Heidegger ya sentenció, en una célebre entrevista póstuma pensada para la eternidad, que pensar, lo que se dice pensar, solo es posible en griego y en alemán.

Los hispanohablantes tenemos desgraciadamente que hacernos esa pregunta si queremos entrar en el club del pensamiento. De la respuesta depende que consigamos la entrada. Que haya que hacerse tan insólita pregunta se debe a una doble causa. En primer lugar, a un prejuicio europeo que viene de un tiempo en el que Europa olvidó quién y qué había sido España. La Europa de la modernidad, pilotada intelectualmente por Alemania, construyó la leyenda de que el logos era “germánico y protestante”, relegando la Europa del sur al cajón de la prehistoria. Esto es lo que escribió Hegel, que se erigió en notario de la Historia.

Olvidaba Hegel que antes del siglo XVIII hubo un siglo XVI y un XVII en los que el centro del mundo era el eje que iba del Viejo al Nuevo Mundo. No lo ario, sino lo denostado semita era el lugar del espíritu o *Weltgeist*. Común denominador entre el Hegel antisemita y el Heidegger proario es su desprecio por el pensar en romance. En literatura, arte o deporte, el latino puede jugar en las grandes ligas, pero en filosofía tiene que ir a una división inferior.

A este prejuicio que se cultiva fuera hay que añadir un convencimiento que viene de dentro. Unamuno se preguntó si había filosofía española y respondió que sí, pero que había que buscarla en la literatura o en la mística. Esa respuesta ha hecho fortuna, pues se repite machaconamente. La susodicha respuesta deja en buen lugar a la literatura que gana vuelo, pero muy maltrecho al pensar en español, al que se le priva del rigor que se supone a un pensar filosófico. Es una repuesta cómoda, pues justifica de un plumazo por qué en los últimos siglos ha habido tan poca originalidad en la filosofía española, pero no resulta convincente, porque antes de la modernidad hubo un pensar filosófico original. No es un asunto de genes. Y no parece lógico que la enjundia filosófica del *Quijote* o de Calderón agoste otras formas de expresión. Al contrario, las convoca, al menos eso es lo que dice Antonio Machado por boca de Juan de Mairena: “Todo poeta supone una metafísica; acaso cada poema debería tener la suya, claro está, implícita, nunca explícita. Y el poeta tiene el deber de exponerla por separado, en conceptos claros. La posibilidad de hacerlo distingue al verdadero poeta del mero señorito que compone versos”. Lo que distingue los ripios del señorito de los versos del poeta consiste en disponer o no de una metafísica. Y no parece que Juan de la Cruz, fray Luis de León, Teresa de Ávila, Cervantes, sor Juana Inés de la Cruz o Calderón hayan compuesto ripios.

La pregunta implícita en el título está pues justificada. Y es obligado reconocer que existe un déficit filosófico en nuestra cultura. Sería ridículo apelar a la idiosincrasia o a la procedencia racial. Mejor sería seguir la pista que señala discretamente Luis Vives cuando decía que en España era peligroso hablar, pero también callar y hasta pensar, por la Inquisición mayormente. Las causas habría que buscarlas no en la naturaleza o en la geografía, sino en la historia. Ese miedo explicaría por qué en un país tan anticlerical como España no hubiera heresiarcas, como echaba de menos Unamuno. El anticlericalismo es una emoción mientras que la herejía es una teología, es decir, una teoría que necesita un mínimo de aire, que es el que no toleraba la Inquisición ni las censuras.

Pese a esa carencia, ¿se puede pensar en español? A esa pregunta tratan de responder las páginas que siguen. Se puede pensar en español con originalidad y creatividad si tenemos en cuenta tres factores. En primer lugar que el español es una *Weltsprache*, es decir, una lengua universal, la lengua de un imperio que acaba siendo hablada por conquistadores y conquistados, por vencedores y vencidos. Como toda lengua, recoge en su interior las experiencias de los hablantes; el español habla o encierra en sí experiencias encontradas. Ese hecho conforma su pensar. Pensar bien en esa lengua significa dejarse interpelar por esas experiencias opuestas. Sería un grave error aplicar al español o castellano la receta que dan los grandes laboratorios culturales, americanos o alemanes, que hoy detentan el monopolio de la cultura, según la cual para pensar bien hay que hacer abstracción de la realidad, es decir, no tener en cuenta la riqueza experiencial del lenguaje. Más que error, esa propuesta es una impostura. El ejemplo que desarrollo en el libro a propósito de la justicia lo deja bien en evidencia. La industria cultural nos vende teorías deliberativas o

procedimentales de la justicia —construidas sobre el supuesto de que los pobres no se pregunten cómo han sido empobrecidos ni los ricos cómo han hecho fortuna— cuando la única justicia aceptable es la que nace de la pregunta que nos hace quien padece la injusticia. De eso va el pensar en español.

En segundo lugar, hay que tener en cuenta la catadura de la lengua que hablamos. Es una lengua que sabe imponerse acallando a otras lenguas. Lo hizo en España, silenciando el hebreo y el árabe; lo hizo en el Nuevo Mundo, sustituyendo las lenguas autóctonas. Eso también condiciona el tipo de pensamiento en la lengua que hablamos. Pensar bien es ser consciente del alcance limitado de su pensamiento. No puede llegar a aquellas zonas que fueron habitadas por las lenguas silenciadas. Eso significa que pensar bien es remitir al silencio. Mucho es lo que podemos decir, pero serían medias verdades si lo dicho no remite a lo indecible.

Finalmente, la vocación de sur. Los filósofos de la modernidad nos han recordado oportunamente que hay un pensar del norte, riguroso, objetivo, científico. Y otro, retórico, florido, del sur. El primero es de fiar y el segundo, para ratos de ocio. Contra ese “reparto del león” se rebela Camus, y también Saramago o Goytisolo, reivindicando una sabiduría del sur más humanizada y compasiva. Como le dice Camus a su interlocutor en *Cartas a un amigo alemán*, escrito en la posguerra, “yo amo demasiado a mi patria como para ser nacionalista”. No es lo mismo el patriotismo del uno que el nacionalismo del otro. Les diferencia un matiz, el mismo que “separa el sacrificio de la mística, la energía de la violencia, la fuerza de la crueldad. Un fino matiz que también separa lo falso de la verdadero, y, también, el hombre que nosotros esperamos, de los dioses cobardes en los que vosotros soñáis”. Duras palabras que no

tratan de descalificar al otro, sino esa “frialidad burguesa” que según Theodor Adorno acompaña a “la ideología del norte”.

La preocupación por el pensar en español no se la ha inventado el autor del libro. Es una herencia, por eso se dedica tanta atención a reconstruir la historia de esa preocupación que, en Iberoamérica, toma la forma de pensamiento latinoamericano o de filosofía de la liberación. La pregunta por el pensar en español va al encuentro de ese esfuerzo tratando de ampliar su horizonte, pues incluye a todos los que hablan esa lengua independientemente de la orilla en que se sitúen. El pensar en español no es solo latinoamericano, sino iberoamericano.

Eso explica el capítulo final que se plantea cómo construir una comunidad iberoamericana de filosofía. No nos confundamos: existe una comunidad de filosofía que habla en inglés (y que progresivamente va deglutiendo a los germanoparlantes) aunque se presente como la comunidad universal de filosofía. Ahí siempre estaremos como invitados. Pero, como dice Luis Villoro, no queremos ser convidados, sino anfitriones. Y lo seremos si mostramos que nuestra forma situada de pensar da pistas sobre los vericuetos de la razón que facilita el camino de los demás. En los últimos años se han dado pasos decididos en esa dirección. La experiencia que ha supuesto la edición de la *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*, en sus treinta años de realización, ha sido decisiva. Clave en ese esfuerzo ha sido el Instituto de Filosofía del CSIC. La filosofía fue duramente castigada por la dictadura, empezando por el exilio de una generación extraordinaria que dejó a la juventud española sin maestros. Es verdad que la filosofía no esperó a la transición política para conectar con el vasto mundo de las ideas, pero había que adaptar las instituciones a los nuevos tiempos. El Instituto de Filosofía no necesitó una

creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (durante el primer gobierno socialista)¹, nació bien armado para llevar a cabo la tarea de la filosofía, “elevant su tiempo a concepto”. Sin necesidad de un guion previo, descubrió con toda naturalidad que la realización de esa función implicaba la vocación iberoamericana. No se trataba solo de recuperar la relación con los maestros que no tuvo porque estaban en el exilio, sino de algo más: descubrió que bajo la misma lengua corrían pluralidad de significados que se encontraban y se alejaban; descubrió que la lengua no era solo un extraordinario y potente instrumento de comunicación, sino también una reserva de sentido que había que cultivar. Al hacernos ahora la pregunta de qué significa pensar en español, remontamos el camino recorrido por la propia lengua para ver qué significados encierra.

La filosofía siempre está situada en un tiempo y lugar determinados. Al preguntarnos cómo pensar hoy convocamos una tradición con muchos cabos sueltos, ciertamente, pero que nos sustenta. Solo la inscripción en ella —con lo que eso tiene de continuidad y ruptura— puede sacarnos de la insignificancia. Aunque no corren buenos tiempos para la lírica, no hay por qué caer en la nostalgia.

La voluntad de pensar en nuestra lengua viene de muy lejos y cuenta con innumerables protagonistas. Lo que estas líneas modestamente pretenden es crear un marco de referencia que nos sitúe frente a otros pensares en otras lenguas y, también, que establezca vínculos entre nuestros propios intentos. Lo primero debería servir para diferenciarnos; lo segundo, para unirnos. Pensar en español concierne evidentemente a los que hablamos en esta

1. El Instituto de Filosofía se crea por Orden Ministerial el 26 de diciembre de 1985. El ministro de Educación era José María Maravall, dato significativo, pues con él llega la democracia al sistema educativo, la autonomía a la universidad y la racionalidad a la investigación no solo en las ciencias naturales, sino también en las humanidades y las ciencias sociales.

lengua, pero convencidos de que, si sabemos escucharla, sus ecos trascenderán nuestras fronteras.

El libro se divide en tres capítulos. En el primero, “El porqué de una pregunta”, se plantean las razones por las que el tema del libro tenga que empezar siendo una pregunta y no una afirmación. Se verá que hay razones externas (otros han reducido el filosofar al griego o al alemán) e internas (nosotros mismos decimos que la filosofía española está en su literatura). A pesar de que ha habido toda una conjura contra la libertad de pensar en nuestra historia, protagonizada en buena parte por la Inquisición, se puede pensar y pensar bien en español porque siempre se piensa en la lengua que se habla y el español o castellano es la lengua que hablamos.

El segundo capítulo, que es el central, titulado “Cómo pensar en español”, trata de señalar las características del pensamiento filosófico en español. Señalo principalmente cuatro. En primer lugar, que hay que evitar el ensimismamiento, por un lado, y el afán de novedades, por otro. En segundo lugar, que es una lengua impuesta en el sentido que nos llegado después de haber acallado a otras. En España, el español acabó siendo el castellano, lo que significa que se silenciaron otras lenguas propias como el árabe o el hebreo, que no eran romance. En el Nuevo Mundo el silencio se impuso a las lenguas autóctonas. Quien piense en español debería pues aludir al silencio de las lenguas acalladas. En tercer lugar, que es una *Weltsprache*, una lengua universal, hablada por vencedores y vencidos, conquistadores y conquistados, víctimas y verdugos, es decir, es una lengua que esconde en su interior una pluralidad de experiencias históricas enfrentadas. Pensar en español es ponerlas al habla, interpelarse (lejos pues de las estrategias deliberativas o procedimentales que son las que ahora mandan). Finalmente, descubrir la vocación de sur. Frente

a la vocación de norte, que tanto invocaban Hegel, Weber o Heidegger, la vocación de sur de la que nos hablan Camus o Saramago. Frente a la cultura de *minuit* (la nórdica o de medianoche), la de *midi* (sureña o mediterránea).

El último capítulo, titulado “Del pensamiento latinoamericano al pensar en español”, relaciona este planeamiento del pensar en español con los múltiples y valiosos intentos del pensamiento latinoamericano. El libro acaba con una llamada a la construcción de una comunidad iberoamericana de pensamiento. No es lo mismo, dice Luis Villoro, tomar parte en una conversación en inglés, siempre de invitado, que convocar un diálogo universal en una lengua como la nuestra. Solo entonces podremos “elevar el español a una forma de lenguaje capaz de responder, sin perder su riqueza expresiva, a las demandas de un análisis conceptual preciso. No solo contribuiremos a darle una nueva dimensión a nuestra lengua, sino también a edificar con ella una comunidad filosófica aún inédita”.